

INTRODUCCIÓN

Por ABEL BARAHONA GARRIDO

Nada más acorde con la denominación de este Grupo de Trabajo que el título del tema que pretendemos analizar en el presente año. Aunque ya en otra ocasión, año 1985, estudiamos fundamentalmente el concepto de conciencia nacional y las amenazas a la misma, lo hicimos con un propósito, no sé si logrado o no, de ver si efectivamente existía en esos momentos una verdadera conciencia nacional y su impacto sobre lo que, en esencia, creemos debe ser la comunidad nacional, con todos los factores que la conforman, y su participación en la Defensa nacional.

Las conclusiones a que llegamos no resultaron muy halagüeñas; las amenazas a que antes nos hemos referido eran, y siguen siéndolo, muchas y muy variadas y, por otra parte, no existe un verdadero propósito de trazar y seguir unos planes, a nivel nacional, para crear, fomentar, mantener y perfeccionar una verdadera conciencia ciudadana, sin la que los individuos no pueden ser miembros activos de una comunidad nacional.

En el presente curso, hemos pretendido volver a considerar lo que es, y debe ser, una verdadera conciencia nacional para, conociendo su situación en la actualidad, ver cuál puede ser su futuro, en un mundo en el que la evolución de los acontecimientos es tan rápida y profunda, que cada día surgen conceptos muy diferentes de los que considerábamos, hasta ahora, con cierta estabilidad y que, a su vez, presentan una dinámica muy acusada en lo que creíamos eran sus fundamentos.

Nos encontramos, pues, en unos momentos de gran incertidumbre en los que es muy difícil, y puede resultar muy peligroso, tratar de deducir conclusiones concretas.

El trabajo lo hemos abordado pretendiendo seguir un camino lógico. En primer lugar, se hacen unas consideraciones sobre lo que puede denominarse «concepto de conciencia nacional»; después se analiza el presente de esa conciencia nacional, ya se comprende que desde unos puntos de vista concretos y limitados, pues un estudio exhaustivo del tema sería prácticamente imposible; por último, hacemos unos pinitos, no nos atrevemos a más, sobre el futuro de esa conciencia nacional, y exponemos unas limitadas conclusiones finales, deducidas a lo largo del trabajo. Un punto a destacar por su acusada actualidad es lo que la convivencia y la solidaridad representan para que exista una verdadera conciencia nacional.

Estos dos principios son reiteradamente invocados desde todos los círculos y niveles, tanto nacionales como internacionales, lo cual indica no sólo su importancia, sino también lo poco que son tenidos en cuenta en un mundo, en el que el egoísmo y la insolidaridad reducen todos los intereses a los exclusivamente individuales, predominando éstos sobre los sociales o colectivos, con lo que se pone en entredicho el que pueda así sobrevivir la colectividad. Hay que llegar a conciliar el respeto a la propia identidad con la solidaridad, y la cooperación con el conjunto de pueblos y naciones a los que pertenecemos. Es decir, algo de lo que el profesor Hans Küng, nos presenta recientemente como el «proyecto de una ética mundial».

Otro aspecto al que se da gran importancia es el relativo al patriotismo y nacionalismo, temas ambos no sólo polémicos, sino de rabiosa actualidad.

Estimamos que la conciencia nacional se alimenta de un componente patriótico y de una solidaridad, ante las amenazas que se consideran gravemente atentatorias contra unos valores o fines consensuados, que son los que determinan una verdadera comunidad nacional. Estos valores, en esencia, constituyen lo que entendemos por «fines permanentes nacionales», claramente enumerados en nuestra vigente Constitución, a lo largo de su Preámbulo y Títulos Preliminar y Primero fundamentalmente, y hoy, por desgracia, sumidos, en gran parte, en una clara y profunda crisis de identidad; y objeto además en muchos casos, de un incomprensible desprecio por parte de demasiados miembros de la sociedad española, fruto lógico de un ambiente generalizado contrario a todo lo que pueda suponer algo positivo en el conjunto de valores éticos y, también, cómo no, de los propios rasgos negativos de nuestra identidad como españoles, hoy muy acusados en numerosos sectores de la población, que no se dan, o no

quieren darse cuenta, de que sin luchar por esas cuestiones de principio no se puede vivir dignamente.

La escala de valores existente hoy día entre los españoles se refleja en recientes estadísticas, que indican que un 59 por 100 de nosotros no sabemos lo que está bien o está mal; este porcentaje se eleva al 72 por 100 entre los jóvenes, lo cual supone para ellos una actitud en la que, según las circunstancias, todo o casi todo puede justificarse. Esto nos indica que no existe actualmente una línea ética que permita definir posiciones, ya que ha habido, y continúa habiendo, intereses muy concretos, actuando con gran eficacia, para que esa línea ética se haya ido borrando mediante un efecto esterilizador.

Curiosamente, la ruptura que lo anteriormente expuesto supone entre los vínculos de la vida real de los hombres con lo que podemos denominar trascendente, se ha conseguido con mucha más facilidad y eficacia en el mundo occidental, que en el hasta hace poco constituido por los países comunistas.

EL PRESIDENTE DEL GRUPO DE TRABAJO